

# Fujimori y el *harakiri* de Vargas Llosa

## Fujimori and the *harakiri* of Vargas Llosa

### Fujimori e o *harakiri* de Vargas Llosa

LUIS ÁNGEL BELLOTA

---

**RESUMEN:** El presente artículo es una crítica al trabajo de Mario Vargas Llosa como comentarista de la realidad latinoamericana; una de sus últimas controversias, después de casi treinta años de denunciar al fujimorismo sin concesiones, fue apoyar a Keiko Fujimori en su tercer intento por alcanzar la presidencia, a propósito de las elecciones peruanas de 2021. El artículo también aborda la mentalidad política de las clases medias latinoamericanas y el miedo imaginario que los hace creer que sus respectivos países se convertirían en una segunda Venezuela si gana la izquierda. Los editoriales periodísticos y las intervenciones públicas de Vargas Llosa reflejan la afinidad de un sector que apoya opciones políticas conservadoras que prometen estabilidad económica y la inalterabilidad del neoliberalismo.

**PALABRAS CLAVE:** Vargas Llosa, clase media, imaginarios políticos, nueva derecha.

**ABSTRACT:** The current paper criticizes Mario Vargas Llosa's work as a commentator on the current panorama in Latin America. In one of his last controversies, after being a vocal critic of Fujimorism for almost thirty years, the famous writer decided to support the third attempt of Keiko Fujimori in her political career towards the presidency. Regarding the 2021 Peruvian elections, this paper also approaches the political mentality of the Latin-American middle classes and their imaginary fear that makes them believe that their respective countries would become a "second Venezuela" if the left wing wins the elections. Vargas Llosa's newspaper columns and public positions reflect the affinities of a social sector that supports conservative political options, which promise economic stability and the inalterability of neoliberalism.

**KEY WORDS:** Vargas Llosa, middle class, political imaginaries, new right.

**RESUMO:** O presente ensaio critica o trabalho de Mario Vargas Llosa como comentador da realidade latino-americana. Numa das suas últimas controvérsias, após quase trinta anos de denúncia intransigente do Fujimorismo, o famoso escritor decidiu apoiar Keiko Fujimori na sua terceira candidatura à presidência. Em relação às eleições peruanas de 2021, o artigo aborda também a mentalidade política da classe média latino-americana e o medo imaginário que a faz acreditar que os seus respectivos países se tornarão numa "segunda Venezuela" se a esquerda vencer. Os editoriais e as intervenções públicas de Vargas Llosa reflectem as afinidades de um sector que apoia opções políticas conservadoras que prometem estabilidade económica e a inalterabilidade do neoliberalismo.

**PALAVRAS CHAVE:** Vargas Llosa, classe média, imaginários políticos, nova direita.

**RECIBIDO:** 17 de junio de 2021. **ACEPTADO:** 28 de julio de 2021.

---

*Para Eduardo Bueno León, in memoriam,  
amigo y mentor.*

Las elecciones presidenciales de 2021 en Perú fueron escenario de una estrategia de pánico contra el ahora defenestrado Pedro Castillo. Este sindicalista magisterial

de Cajamarca cuyo paso por la presidencia fue tan breve como polémico, durante su campaña se convirtió en objeto de un linchamiento mediático orquestado por la prensa financiera y los partidos del *establishment*. Quien dé seguimiento a las elecciones del país sudamericano encontrará semejanzas entre la virulencia de la propaganda anti-Castillo y los *spots* televisivos que polarizaron a la opinión pública mexicana en 2006.

Este fenómeno ameritaría más de una tesis profesional. Entre los tópicos que podría abordar consideremos los imaginarios de las clases medias latinoamericanas. En México, Perú, Chile y Colombia, por citar algunos ejemplos recientes donde hallamos estrategias propagandísticas que apelaban al miedo y la incertidumbre de los votantes, un porcentaje del padrón electoral creyó que sus países se convertirían en una segunda Venezuela si ganaban los candidatos que cuestionaban el modelo económico imperante.

Quienes consideran que un proceso de cambio político es suficiente para reproducir un escenario como el venezolano en sus respectivos países, pasan por alto las realidades históricas, los sistemas políticos y las especificidades socioeconómicas que impiden equiparar escenarios. Olvidan, también, que una realidad compleja donde lo económico se interconecta con lo jurídico, lo político y lo internacional no puede cambiarse con la sola voluntad de un líder carismático. Estas inquietudes deberían ser analizadas como una característica de la mentalidad que distingue a una parte de la clase media latinoamericana que mira con desconfianza la organización política y las demandas de los sectores subalternos.

El miedo, como expresión social, nos recuerda Jean Delumeau, es lo que explica la acción persecutoria del Estado o las tensiones al interior de una colectividad; en él se manifiesta aquello que rechazamos o en lo que no deseamos convertirnos; en sociedades de mercado como las nuestras, esta subjetividad se asoma en el temor a engrosar las filas de la pobreza, perder capacidad de consumo o vivir en la perenne incertidumbre laboral teniendo algún adeudo crediticio. Si trasladamos este razonamiento al campo de la sociología política, tal vez podríamos discernir por qué la debacle venezolana inspira aún más terror en sectores despolitizados o entre aquellos que sólo anhelan estabilidad económica y mejores ingresos.

Como ejemplo, en el caso mexicano, a pesar de no haber introducido cambios radicales o no llevar hasta sus últimas consecuencias la cruzada anticorrupción que prometió en campaña, aún hay votantes de clase media para quienes Andrés Manuel López Obrador es una copia del finado Hugo Chávez. En el transcurso de las elecciones intermedias para renovar la Cámara de Diputados y quince gubernaturas, se colaron algunos comentarios que insistían en advertir escenarios de *venezolanización*. En el caso de Perú, además de insinuar apoyos secretos desde Caracas a favor

de Castillo, ciertos medios agitaron el recuerdo del desastre financiero que dejó el primer gobierno de Alan García. Estos mensajes pretendían sembrar inseguridad entre aquellos laburantes, trabajadores autónomos o amas de casa que sufrieron una inflación de cuatro dígitos como resultado de arriesgadas políticas económicas.

Podemos aventurarnos a suponer que el público receptor de esta propaganda, ideada por los gurús del *marketing* político, probablemente consulta muy poco o casi nada los diarios, no lee materiales y fuentes que apoyen la formación de un criterio más informado sobre su realidad inmediata; en cambio, a menudo el único medio de información al que pueden acceder son las redes sociales —y su consabido torrente de información engañosa—. Un seguimiento demoscópico que cruce hábitos de lectura, nivel socioeconómico y orientaciones políticas entre los votantes, podría arrojar más pistas para saber qué clase de información consumen los sectores ciudadanos donde calan más hondo los discursos de miedo.

Entre las personalidades más influyentes que se sumaron a dicha estrategia para incentivar las dudas del electorado sobre las consecuencias que tendría un cambio en la orientación de la economía, Mario Vargas Llosa jugó un papel destacado. El afamado escritor se asumió como defensor del “milagro peruano”.<sup>1</sup> Desde las elecciones de 2006, cuando Alan García abjuró de su pasado para ganarse la confianza del empresariado y mantener el flujo de inversiones, se comprobó que uno de los temas vedados para todo aspirante a la presidencia era la alterabilidad de las políticas macroeconómicas que han permitido esta bonanza relativa que no se disfruta igual en todas las regiones del Perú. Cada quinquenio cierran filas, políticos, empresarios y medios de comunicación ante posibles amenazas populistas.

En las subsiguientes coyunturas electorales el literato intervino activamente para pedir el voto de sus compatriotas a favor de una aparente prosperidad que él imagina posible gracias a la inalterabilidad de una economía abierta. Las fechas más importantes del calendario político peruano en los últimos veinte años han dado pie para que Vargas Llosa ratifique sus obsesiones ideológicas y, ya sea desde la prensa o la televisión, se dirija a un conjunto de ciudadanos que comparte sus inquietudes. Estimulados por el temor a un liderazgo que critique la permanente falta de redistribución de la economía y la necesidad de hacer ajustes de fondo, desde distintos escalafones sociales, tanto el prolífico autor como sus potenciales audiencias defienden los mismos intereses, retroalimentando prejuicios de clase, lugares comunes y miedos imaginarios.

---

<sup>1</sup> Se utiliza ese término para hablar del periodo de crecimiento con bajo déficit fiscal, grandes reservas, inversiones constantes e inflación controlada que ha experimentado el país sudamericano desde comienzos de la década antepasada hasta la actualidad.

El presente ensayo plantea que las opiniones políticas de Vargas Llosa, independientemente del uso propagandístico que se haga de ellas, reflejan las inquietudes políticas y aspiraciones sociales de aquellos estratos medios y medios-altos que crecieron a la sombra del neoliberalismo. Que en las pasadas elecciones presidenciales este genio de las letras decidiera otorgarle credenciales democráticas a una fracción de la élite dirigente que arrastra acusaciones de narcotráfico y crímenes de toda laya demuestra que, tanto para él como para los votantes ocasionales del fujimorismo —o sea, aquellos que no hubieran sufragado por esta fuerza partidista pero que lo hicieron por miedo a Castillo—, los antecedentes judiciales de un candidato o las relaciones entre la política y el crimen organizado pasan a un segundo plano: resulta más importante que el modelo económico se mantenga inalterado.

## CLASES MEDIAS Y NEOLIBERALISMO

Desde los años noventa, la propuesta de introducir otro modelo de desarrollo que dejara atrás la primarización y tercerización de la economía ha sido motivo de desconfianza entre profesionistas, comerciantes y agentes económicos, cuyos empleos están mejor conectados con la globalización y los mercados internacionales; inclusive, esta tolerancia popular al ajuste también se afincó entre algunos votantes de bajos recursos (Przerworski, 1995: 285-286) a quienes las hiperinflaciones los afectaron gravemente durante la crisis de la deuda. Para estos ciudadanos no tan privilegiados que viven al día o que deben pagar un crédito, la estabilidad de precios significa todo.

Hace más de veinte años, mientras las reformas asociadas al Consenso de Washington cambiaban el rostro de las economías latinoamericanas, Guillermo O`Donnell se percató de la legitimidad que gozaba el neoliberalismo en estratos que no eran precisamente los más opulentos; a cuenta de las transformaciones en los modelos productivos y las relaciones laborales que trajo consigo la globalización en América Latina, dentro de las clases medias se produjo una intensa diferenciación en los ingresos y las oportunidades de vida. El referido científico social lo explica de la siguiente manera:

Considerables reducciones en el monto de las jubilaciones y las pensiones, así como de los sueldos de los empleados públicos; el desempleo resultante de las privatizaciones y diversos programas de “racionalización” del aparato estatal; el alto índice de quiebras de pequeñas empresas durante las crisis económicas y las primeras fases, por lo menos, de la estabilización; y el deterioro (o desaparición) de varios servicios sociales a los que estos sectores tenían acceso, se han combinado para provocar una brusca caída de los ingresos y del nivel de vida de un número sin duda importante de miembros de los sectores medios. Por otra parte, diversos indicadores señalan que ciertas capas, en especial las integradas por quienes abastecen a los ricos (algunos profesionales de alto

nivel de educación y propietarios de empresas dedicadas a bienes y servicios suntuarios), han mejorado notablemente su situación en estos años. Parece, por lo tanto, que el “medio” de nuestra sociedad se ha diversificado fuertemente: algunos se han desplazado en dirección al polo de los pobres y otros en dirección al de los ricos, en tanto que el “medio del medio” (es decir, los que más o menos han conservado sus posiciones originarias) se ha encogido (O’Donnell, 1999: 86).

Hablando de las capas intermedias de la sociedad, hacia mediados del siglo pasado en el mundo anglosajón los mejores estudiantes optaban “por carreras interesantes con un sueldo razonable, hoy sólo buscan un empleo lucrativo” (Fernández Vega, 2011: 11). Proponiendo una hipótesis arriesgada, es posible que después de las estanflaciones de los setenta las condiciones materiales derivadas de aquella crisis modificaran las prioridades y aspiraciones de un bloque poblacional por demás variado.

La imagen arquetípica de una familia donde el esposo trabajaba ocho horas diarias mientras la madre se dedicaba al cuidado de los hijos empezó a modificarse “cuando la crisis energética hizo que disminuyeran los ingresos en los hogares y se replantearan las estrategias familiares” (Toche, 2009: 147). Ante el aumento de precios y el estancamiento económico posterior a 1975, las perspectivas económicas del neoliberalismo resultaban atractivas para aquellos que no formaban parte de un sindicato o se ganaban la vida por fuera del Estado y no creían deberle nada.

Por ejemplo, en un contexto de reconversión industrial y cierre de empresas como el que vivió el Reino Unido en los ochenta, más de un jefe de familia buscó alternativas de subsistencia en el cuentapropismo o bien aprovechó esos cambios en la matriz productiva para escalar socialmente. Al cabo de una década de *thatcherismo*, la sociedad británica terminó por aceptar la legitimidad de las reformas que habían reducido el sector público, limitado el poder de los sindicatos y privatizado las empresas estatales (Fernández Sánchez, 1999: 128-129). Profesionistas y trabajadores independientes que obtuvieron ingresos por la terciarización de la economía, la desregulación de mercados y el auge de actividades financieras, representaban a los sectores emergentes que defendían la irreversibilidad de las transformaciones estructurales empujadas por la Dama de Hierro. La seductora idea de un capitalismo popular en el que todos podían participar para dejar atrás su condición proletaria y convertirse en propietarios no tuvo pocos adeptos.

En este lado del Atlántico, Raúl Zibechi observó que las actuales clases medias latinoamericanas presentaban un perfil muy distinto de aquellas que había en los lejanos años sesenta y que tenían la posibilidad de salir adelante gracias a la educación; a diferencia de aquellas, los nuevos sectores medios moldeados culturalmente por el neoliberalismo:

no se referencian en las camadas de profesionales que se formaron en universidades estatales, que leían libros y seguían estudiando cuando finalizaban sus carreras; aspiraban a trabajar por sueldos medianos en reparticiones estatales y se socializaban en los espacios públicos donde confluían con los sectores populares. Las nuevas clases medias se referencian en los más ricos, aspiran a vivir en barrios privados, lejos de las clases populares y del entramado urbano, son profundamente consumistas y recelan del pensamiento libre (Zibechi, 2016:19).

Prosiguiendo con su caracterización, Zibechi sostiene que las principales preocupaciones de los nuevos estratos medios son la propiedad y la seguridad: “Creen que la libertad consiste en comprar dólares y vacacionar en hoteles de cinco estrellas”, sentencia; están influidas “por los valores consumistas que promueve el capital financiero, tan alejados de los valores del trabajo y el esfuerzo que promovía la sociedad industrial hace apenas cuatro décadas” (Zibechi, 2016: 19). El análisis del investigador uruguayo coincide, *grosso modo*, con el de Alfredo Serrano Mancilla, Ezequiel Adamovsky y Tomás Moulian.

El primero de ellos encuentra una actitud indiferente hacia temas como la igualdad o la justicia social entre determinados segmentos de la compleja y cambiante clase media. Este conjunto de ciudadanos que pertenece a dicho estrato prefiere la moderación cuando acude a las urnas, está “cada vez más individualizada, [...] se siente más cómoda con otros valores materialistas” y ha sido permeada por idiosincrasias aspiracionales (Serrano, 2016: 18).

Por su parte, Adamovsky se dio a la tarea de investigar la identidad y el comportamiento político de la clase media argentina durante el siglo pasado. Al abordar la década menemista y el breve gobierno de la Alianza, sus conclusiones se emparentan con las de Zibechi y Serrano; el historiador porteño destaca que si bien el neoliberalismo afectó a la mayoría de los argentinos, hubo quienes “sin ser necesariamente de clase alta, salieron beneficiados”. Gracias a la estabilidad cambiaria que permitió la Convertibilidad, tuvo lugar una sensación de bonanza que alineó a una parte de las capas medias y populares con los poderes económicos en torno a la permanencia de dicho plan financiero que fijó la paridad entre peso y dólar.

Mientras “los ingenieros, docentes, comerciantes de barrio, chacareros, pequeños comerciantes textiles, médicos de hospital o empleados de bajo rango se las veían negras”, hubo otros que no la pasaron mal, “como los especialistas en marketing, publicistas, cirujanos plásticos, ejecutivos, financistas, abogados de grandes empresas, contratistas rurales, importadores y comerciantes de zonas de moda” (Adamovsky, 2009b: 427). Las áreas campestres contiguas a las principales ciudades se poblaron de *countries* y barrios privados, ahondando espacial y simbólicamente la segregación entre una parte de la clase media que se enriquecía y otra que rasguñaba la pobreza.

En aquellos años de lujo y ostentación nunca vistos, la diferencia que separaba a ganadores de perdedores “no fue sólo una cuestión de ingresos o de lugar de residencia”. En su óptica, “el dinero fácil y el individualismo extremo que acompañó la imposición del neoliberalismo arrasó con buena parte de los valores más austeros y solidarios (o incluso igualitaristas) que todavía existían en la sociedad argentina. Muchos de esos valores eran los que habían nutrido la educación y la conciencia moral de los sectores medios” (2009b: 429).

En su hipótesis sobre la clase media, Moulian también explora las subjetividades de este diverso sector cuyas identidades políticas y de clase han sido suplantadas por la despolitización y el consumismo. En el marco de la postransición democrática en su país natal, aquel hizo una radiografía de la sociedad chilena a partir de las reformas que implantó con *manu militari* la dictadura pinochetista. El resultado lógico de “una democracia de baja intensidad invadida por la ideología tecnocrática [es] una fuerte indiferencia hacia la política institucional” (Moulian, 2002: 9).

Para el citado sociólogo, si las democracias quedan sujetas a los imperativos de la economía resulta coherente que los estratos sociales reproduzcan una hegemonía donde la cultura y la convivencia cotidiana están influenciadas por valores individualistas y adquisitivos; es decir, las economías de mercado —término que en América Latina debería someterse a una escrupulosa revisión— no pueden sino producir a, o ser acompañadas por sociedades de mercado donde la política queda desprovista de los metarrelatos de la modernidad y las ideologías que clamaban por el cambio social.

En este mundo postideológico, donde antes había profesionistas que se articulaban en células políticas, sindicatos y partidos de masas, desde los años noventa encontramos nuevos sujetos clasemedios con otras preocupaciones políticas —más sectorializadas— o llanamente desideologizadas que reproducen el deseo de subir su estatus social, ampliar su capacidad de consumo y tener más confort (2002: 100-114).

En un ensayo sobre el imaginario social de los mexicanos, las conclusiones de Ariel Rodríguez Kuri se acercan a las del académico chileno. Gracias a un sondeo realizado por una revista cultural, el historiador cuestionaba que el 80 por ciento de los encuestados se definieran a sí mismos como parte de la clase media cuando, en realidad, sus condiciones materiales no corresponden con los rasgos que presume este estrato socioeconómico en naciones como Nueva Zelanda, Alemania, Canadá, Japón o Corea del Sur.

En su crítica al exceso de optimismo entre las personas encuestadas, Rodríguez Kuri encuentra que en la clase media hay un porcentaje que efectivamente es reacio a participar en política y que incluso mira “el universo de las organizaciones sociales como el territorio maldito de los otros —de los que no son libres, de los que pagan cuotas que les son robadas, de los acarreados; en fin, el territorio de todos aquellos

que tienen líderes que son idénticos a su estereotipo—”. Remata: “La autodefinición tumultuaria de las clases medias es obsesivamente un deslinde cultural y fenotípico respecto al pueblo corporativizado” (Rodríguez, 2010: 51).

Apoyándose en las ideas de Émile Durkheim, el autor describe las tendencias apolíticas e individualistas al interior de la clase media mexicana, lo que no significa que la defina en su totalidad con estas características; hablamos de un grupo muy heterogéneo que también engloba a innumerables ciudadanos que se organizan para deliberar asuntos públicos e increpar al poder desde distintos frentes. Entre los déficits de la novel democracia mexicana —como el asedio de los poderes fácticos y el crimen organizado— hay que destacar la ausencia de una sociedad civil robusta, compuesta por más y mejores sindicatos, asociaciones de profesionistas, cámaras empresariales y organizaciones vecinales.

El síntoma de esto es una sociedad atomizada e imbuida por las subculturas del neoliberalismo, donde un gran porcentaje cree pertenecer a una amplia —pero irreal— clase media. Con ingresos mucho más bajos que los percibidos por sus padres y sin las mismas instituciones de seguridad social que había hace medio siglo, los más esperanzados, vivan o no en la informalidad, se consideran pujantes emprendedores que en algún momento ascenderán hasta los últimos pisos de la pirámide social. Por un lado, critican a quienes sí están articulados políticamente y, por el otro, no ven que su incierta condición de empleados independientes o dueños de un negocio modesto los lleva a soñar muy alto, aunque carezcan del capital, los asuele la delincuencia o no gocen de un Estado con instituciones funcionales que propicie mejores condiciones de vida. “¿Vale la pena ser un ‘pyme’ sin futuro y no un trabajador o un empleado satisfecho de su carrera, dignamente pagado y más o menos satisfecho con su vida en la empresa y el sindicato?”, se pregunta Rodríguez Kuri (2010: 53).

Políticamente, estos actores sociales en quienes más ha penetrado el discurso del emprendedurismo, el antisindicalismo y la aversión por las masas, tienden a ser receptivos con los mensajes que estigmatizan al Estado como causante de todos los males. Consecuentemente, su activismo es pasivo y cuando aparece en el horizonte una opción que cuestiona el *statu quo*, su reacción es adversa y terminan haciendo suyo el temor de los intereses económicos concentrados, a quienes sí beneficia un sistema fiscal regresivo, la ausencia de un ente regulador que evite la oligopolización de bienes y servicios o la introducción de reformas que democratizen el acceso de todos a las mismas oportunidades económicas.



## LAS NUEVAS CLASES MEDIAS PERUANAS

Eduardo Toche (2019) y Víctor Arrambide Cruz (2020) también observan un cambio en la mentalidad de la clase media peruana a partir de los años ochenta. A las demandas democráticas que habían apurado el fin del gobierno castrense en 1980 se sumaba la necesidad de encontrar una salida a la crisis que ya empujaba incrementos en el costo de vida y, por ende, secuelas en la economía familiar.

Una década después de que los militares devolvieran el bastón de mando a un civil, los arranques populistas de García, el aumento constante de precios hasta convertirse en hiperinflación, el aislamiento financiero internacional que impedía adquirir divisas, la parálisis de inversiones y la inoperancia de las oficinas públicas, redundaron en una situación catastrófica que, en términos económicos, era equiparable al contexto que siguió a la Guerra del Pacífico un siglo antes (Instituto Peruano de Economía, 2017: 19).

Bajo tal coyuntura, Vargas Llosa capitalizó el malestar social reinante y lanzó su candidatura por el Frente Democrático (Fredemo). Entre la expropiación bancaria de 1987 y las elecciones de 1990, el acelerado descenso del poder adquisitivo fue incentivado por pésimas decisiones de política económica que daban la razón al enfoque antiestatista del escritor trasmutado en dirigente político. Entre la hiperinflación y el estancamiento de la economía sobrevendrá una explosión de la informalidad, así como el empobrecimiento de la clase media cuyos miembros optarán por el comercio callejero y otras estrategias de sobrevivencia (Madueño, 2004: 186-188).

Por si no bastara la ruina financiera, el acecho de Sendero Luminoso y el avance del narcotráfico y la delincuencia común empeoraban las cosas. La represión que sufrían los habitantes de las localidades siniestradas por la violencia política repercutió “gravemente en el escenario social y demográfico del país, provocando el vaciamiento de un número indeterminado de zonas rurales y la migración de casi la totalidad de la población de muchas comunidades indígenas” (2004: 177). En resumen, Perú vivía una situación crítica en todos los frentes.

Con un exceso de honestidad —propio de quien no conoce las malas artes del oficio político—, a lo largo de aquellas justas electorales Vargas Llosa advirtió lo que iba a hacer en cuanto asumiera el cargo: retirar subsidios para sincerar precios, devaluar la moneda y ajustar el gasto público. Para sentar las bases del crecimiento prometía atraer el mayor número de inversiones extranjeras, privatizar las empresas del Estado, flexibilizar las relaciones laborales, conciliarse con las cúpulas patronales y reformar las instituciones (Vargas Llosa, 2006: 385-407).

Con altas posibilidades de ganar aquella contienda el novelista se allegó a las clases medias lastimadas por la crisis, las cuales no deseaban que un ignoto rector de

una universidad técnica cuya propuesta iba a contracorriente del Fredemo siguiera creciendo en las encuestas y eventualmente ganara. No obstante, si bien Alberto Fujimori prometía lo contrario de la plataforma electoral vargasllosiana, una vez en la presidencia llevó a cabo el temido ajuste, las privatizaciones y el despido masivo de empleados públicos. Como añadido propio, emprendió una estrategia antiterrorista que en tres años diezmó al senderismo.

Entrados los años noventa, un porcentaje considerable de la ciudadanía miró con indiferencia e incluso apoyó el giro autoritario del fujimorismo. La ejecución de medidas que implantaban el estado de excepción, como disolver el Congreso e intervenir el poder judicial, le granjearon a Fujimori la simpatía de los estratos bajos y medios, los cuales, junto con el empresariado, además de respaldarlo por reducir la inflación a un dígito y neutralizar el terrorismo, votaron mayoritariamente por él en 1995.

Durante el periodo recién descrito emergieron nuevos elencos de la clase media que se alejaban del profesionista asalariado, del burócrata con filiación sindical o del pequeño productor industrial; al calor de aquella crisis y a partir de los noventa, será más común ver trabajadores independientes y pujantes emprendedores que iban asentándose en grandes centros urbanos como Lima y que se multiplicaban sin la protección del Estado en lo tocante a leyes laborales, servicios de educación y seguridad social. Estos *self made men* a la peruana suplieron la atención del gobierno con sus propios recursos (2009: 153-156).

Las ramas de la nueva clase media, algunas de las cuales pertenecen a la economía informal, representan otros valores que habían caracterizado a este conjunto poblacional décadas atrás. En definitiva, sus integrantes no son los mismos que resistieron a la dictadura de Manuel Odría en los cincuenta y los que apoyaron un proyecto desarrollista como el de Fernando Belaúnde en los sesenta; tampoco son igual a los que se politizaron radicalmente durante los gobiernos militares o los que padecieron la crisis de los ochenta y que en los noventa se reconfiguraron bajo condiciones económicas más estables pero en un entorno político menos democrático y socialmente más precario.

Si actualmente el máximo anhelo para algunos representantes de esta mutante estratificación social es el estatus, no resultará complicado asimilar por qué la proliferación de escuelas privadas incidiría en esta aspiración: “estudiar en una de estas universidades, por más humilde que fuera el origen de cada uno, era importante para diferenciarse del resto y para habilitar el acceso a ciertos espacios para la construcción de redes sociales, políticas y económicas habilitantes de un mejor posicionamiento social”; el genuino interés “de las clases emergentes es que sus hijos accedan a estos espacios para elevar su estatus y con él, el de toda la familia” (Arrambide, 2020: 284-285).

El porcentaje del electorado que sufraga por el fujimorismo o por aquellos candidatos que prometen la continuidad del milagro peruano miró con recelo la llegada de Castillo a la Casa de Pizarro. Estos votantes valoran como un gran activo para su bienestar individual o familiar la estabilidad macroeconómica que prima desde hace un cuarto de siglo. Tal vez pasen por alto que este factor es imprescindible para cualquier presidente, aun para aquellos que provengan de la izquierda. Paradójicamente, después de la remoción del cajamarquino del poder ejecutivo y su posterior arresto en medio de una oleada de protestas y violencia callejera, el país no sufrió la típica volatilidad cambiaria y las fugas de capital que, en teoría, pudieron haber ocurrido en un entorno como el que vive Perú.

Volviendo al tema que nos atañe, puede asumirse que para las bases de Fuerza Popular (FP) no es tan relevante que el actual modelo no produzca empleos mejor remunerados, que la minería a cielo abierto devaste localidades enteras o que las desigualdades regionales agraven la pobreza y la migración. A los simpatizantes de este partido hay que sumar los otros votantes de la zona metropolitana de Lima que si bien desconfiaban de Keiko Fujimori, demandaban certidumbre financiera y un dólar barato. Es decir, hubo electores de clase media, media-alta y alta que no eran adeptos al fujimorismo pero que terminaron dándole un voto de confianza por el temor que les provocaba Castillo. A ellos tampoco pareció preocuparles que la abandera de FP tuviera un historial penal que en otros países la habría imposibilitado para contender por un cargo de representación popular.

Hay que recordar que las pulsiones extremistas en el equipo de Castillo no fueron un punto a su favor para contrarrestar la imagen pendenciera que los medios dominantes les endilgan a los dirigentes de izquierda que contienden por un puesto de alta responsabilidad. Cuando Luiz Ignacio Lula da Silva y Evo Morales se postularon a la presidencia, el primero en tres ocasiones y el segundo en dos, no faltaron políticos y periodistas que profetizaron caos económico e ingobernabilidad si aquellos se hacían del poder ejecutivo y, en caso de no frenarlos, sobrevendría la fuga de capitales, la parálisis de inversiones, el aumento del desempleo y toda clase de futuros sombríos.

Sin embargo, una vez en el poder, ambos tuvieron que ajustar su programa, rodearse de buenos técnicos, moderar sus expectativas y concertar con el empresariado su agenda de reformas. Al final, el crecimiento de la economía, el manejo atinado del gasto público, el fortalecimiento de los mercados internos, la reducción de la pobreza, el aumento del poder adquisitivo entre las clases trabajadoras y la ampliación de derechos, caracterizaron a sus respectivos gobiernos.

Curiosamente, el ejemplo de Lula y Evo no fue evocado en las campañas peruanas y los agoreros del apocalipsis acusaron a Castillo de senderista por un supuesto vínculo con el Movadef, una organización satélite de Sendero Luminoso. Varios

meses después se comprobó que el futuro presidente de Perú no se convertiría en el populista radical que sus oponentes aseguraban que sería sino en un político más que hizo de la corrupción, la ineficacia y el nepotismo los emblemas de su corta gestión. Entre la imagen rijosa que ciertamente proyectó en campaña, su inexperiencia como candidato y los discursos de miedo que incentivaban los medios, la hija del exdicator se mantuvo muy arriba en las encuestas hasta rasguñar la posibilidad de ganar.

Es comprensible que un porcentaje de las clases medias limeñas y los habitantes de Miraflores, Barranco y San Isidro votasen, algunos con reparos y otros con desconfianza, por la exprimera dama de la dictadura. La imagen rijosa que se forjaron de Castillo no los convenció. Los que no sintieron empatía por su origen social quizá creyeron que aquel despertaría a los fantasmas de la inestabilidad económica por sus críticas al modelo extractivista y la promesa de regularlo. Por otro lado, su cercanía con Vladimir Cerrón, un político de mala reputación, tampoco lo ayudó a convencer a los votantes que se ubican en el centro.

Los vecinos de estos acaudalados distritos embonan con el perfil que los autores arriba mencionados delinearon en sus respectivos análisis sobre las bases electorales de la nueva derecha latinoamericana. Para estos ciudadanos hegemonizados por el neoliberalismo, poco importa que Vargas Llosa no se destaque por redactar editoriales que se ganen el respeto de la academia; sus opiniones sobrecargadas de ideología, cuando no reflejan el pensamiento de la élite a la que pertenece, han servido para alimentar los prejuicios sociales y sofismas políticos que subyacen en un porcentaje de la ciudadanía que se identifica con sus postulados.

## HISTORIA DE UNA ENEMISTAD QUE TERMINÓ EN ROMANCE POLÍTICO

Como es bien sabido, antes de cumplir los cincuenta años, Vargas Llosa se decantó por la economía de mercado y dejó atrás sus simpatías por el reformismo social y la izquierda. La hecatombe económica del primer gobierno alanista marcó su camino como apologeta del neoliberalismo. La estatización bancaria y el malestar que causó entre la derecha política lo catapultaron, primero, como enconado crítico de García y, luego, como candidato a la presidencia. A pesar de que las encuestas lo ubicaron como favorito hasta antes de la primera vuelta, la decisión final de los ciudadanos no lo ungió como mandatario.

No obstante las coincidencias con el programa económico que instrumentó Fujimori, Vargas Llosa no congenió con las metodologías arbitrarias y el entorno patibulario de sus asesores y ministros. Lejos de las versiones que ubican el origen de esta enemistad en la derrota electoral que sufrió en junio de 1990, su antifujimorismo se explica más por la conversión de su antiguo rival en un dictador (2006: 585-593).

Cuando éste cerró con tanquetas y soldados el poder legislativo en abril de 1992, el voto de confianza que el escritor había depositado en él por instrumentar el *shock* económico y la agenda de privatizaciones lo permutó por una crítica constante que a la postre lo convertiría en uno de sus principales opositores. Para el fallido candidato presidencial de las clases medias liberal-conservadoras, sin los espacios de participación y autonomía política que contempla un sistema democrático, no podían cosecharse los frutos de las reformas económicas de mercado en las que él cree religiosamente (Escárzaga, 2002b: 219).

Acostumbrado a entrometerse en las justas electorales de toda América Latina para levantarles la mano a los candidatos afines a su ideología, la última aventura política de Vargas Llosa terminó en fracaso. Como observador de la realidad latinoamericana, si sus análisis de coyuntura ya eran simplones y predecibles, el inesperado beneplácito que dio a la señora Fujimori le arrebató toda credibilidad. Las opiniones que emitió sobre ella parecían las de un hombre llano de escasos recursos intelectuales. Que las bases electorales del fujimorismo y los partidos aliados a éste repitieran que Castillo es comunista no resultaba extraño; en cambio, que un premio Nobel se sumara a este ambiente macartista puso en evidencia por enésima vez que su talento literario no es transferible a otras áreas del conocimiento. Las campañas de miedo y los discursos de odio contra el candidato de Perú Libre (PL) iban dirigidos a un público que desde 1990 acepta las promesas perdidas del neoliberalismo a cambio de no padecer la hiperinflación que entonces hizo del Perú algo similar a la Venezuela actual (2017: 19).

Lo más llamativo del último papelón que lo colocó en el ojo del huracán fue la amnesia voluntaria sobre todo aquello que él afirmó cuando evocaba a los Fujimori. Nunca se autolimitó en el uso de adjetivos para definir a esta estirpe como una agrupación delictiva. El robo de fondos públicos, los asesinatos, las desapariciones, las esterilizaciones forzadas de mujeres pobres en la sierra, la compra de jueces y diputados con valijas de dinero, la intimidación a la prensa, los vínculos con el narcotráfico, el lavado de dinero, las redes de sobornos y un *modus operandi* propio de la Camorra, son algunas acciones que identifican a este grupo que lumpenizó la política peruana.

Vargas Llosa no escatima en proferir declaraciones y escribir artículos que ensalcen a todo político que suscriba los dogmas de la globalización. Sin conocer a plenitud el contexto propio de cada país sobre el cual opina, con frecuencia repite lugares comunes que cualquier politólogo rechazaría. Por citar sólo dos ejemplos en su larga colección de erratas, al autor de *La ciudad y los perros* no le importó apoyar públicamente la guerra en Irak o elogiar la presidencia de Álvaro Uribe en Colombia, a la que calificó como una “gestión magnífica” (*Milenio*, 27-v-09: 42).

En el primer caso, la opinión pública descubrió que la empresa bélica de George W. Bush y Tony Blair se legitimó con mentiras de Estado, pues nunca existieron armas de destrucción masiva que ameritasen la invasión y posterior ruina del país árabe (*Milenio*, 10-VII-03: 26); en el segundo, tanto la prensa como la justicia colombianas han sacado a la luz los vínculos de Uribe con el narco-paramilitarismo, así como los episodios de corrupción y crímenes de lesa humanidad cometidos por sus colaboradores y aliados. Expuesta la verdad sobre la invasión a Irak y la naturaleza del uribismo, Vargas Llosa no hizo un *mea culpa* por su respaldo a dos hechos que la opinión pública internacional reprueba. Sin embargo, aunque sus posicionamientos suelen ser ideológicos y poco rigurosos desde el punto de vista académico, hasta marzo de 2021 se había mantenido incólume en condenar a Fujimori y su legado político, esa era una de las poquísimas salvedades que reconocían sus detractores.

Es pertinente recordar que las críticas vargasllosianas hacia el exdictador eran extensivas a su parentela. El novelista también denunció a los hermanos y al cuñado que malversaron dinero público y huyeron de Perú; incluso condenó verbalmente a Keiko por, haber recibido sobornos de Odebrecht para financiar su campaña en 2011; esta última, cabe añadir, visitó temporalmente la cárcel antes de que FP la nominara como su abanderada presidencial por tercera ocasión; hasta la fecha sigue siendo factible que un juez ordene su regreso a prisión ya que tiene abierta una causa penal.

Cada cierto tiempo Vargas Llosa dedicaba una de sus columnas de opinión para recordar los latrocinios cometidos por Fujimori y su eminencia gris Vladimiro Montesinos. Como ya se dijo, aquel fue uno de los denunciantes más severos del régimen desde antes que éste cayera como castillo de naipes en noviembre de 2000; cuando llegó a su fin de forma azarosa —y empezaron a ventilarse los niveles inauditos de corrupción que había en los ministerios y las Fuerzas Armadas—, el exmarido de la tía Julia redactó editoriales en los que describía las entrañas de un gobierno que se presentaba ante el mundo como democrático pero que era tan represor y policiaco como el de Augusto Pinochet.

En enero de 2004, a propósito de una novela de Alonso Cueto sobre los crímenes imputables a Fujimori y Montesinos, Vargas Llosa escribió en su columna “Piedra de Toque” un reclamo público porque “connotados esbirros de corbata blanca y domésticos intelectuales del régimen de asesinos y cleptómanos que saquearon al país y a todas sus instituciones” reaparecieran en la vida pública para reclamarle al poder judicial los procesos que pesaban en su contra, como si se tratara de perseguidos políticos. Indignado, el futuro premio Nobel también se lamentó por la corrupción que aquel régimen había sembrado en la prensa, a la cual, con honrosas excepciones, acusaba de complicidad (Vargas Llosa, 2004: 26).

Al año siguiente sacó otro editorial en el que lamentaba la laxitud de las autoridades mexicanas y chilenas que, obligadas a saber la condición de prófugo de Fujimori, quien provenía de Tokio, lo dejaron llegar a su territorio sin haberlo remitido a la justicia peruana. En aquella columna dominical el novelista reclamó la extradición del escurridizo exdictador y aprovechó para recordar los daños patrimoniales que él y sus allegados infringieron a las finanzas públicas. En ese entonces las autoridades judiciales del país andino estaban tras las cuentas secretas que Fujimori y Montesinos habían abierto en el exterior para ocultar sus ilícitos.

Vargas Llosa informaba que hasta noviembre de 2005 el gobierno había:

conseguido repatriar, de bancos suizos, de bancos de Estados Unidos y de bancos mexicanos unos 173 millones de dólares, resultado de peculados y comisiones en agravio del Estado peruano. A estos dineros *negros* debidamente comprobados por la justicia de los países que autorizaron la repatriación, hay que añadir unos 49 millones de dólares más que el Perú ha conseguido bloquear en cuentas secretas de Panamá y otros países, vinculadas a la red de empresas fantasmas que el dictador y sus cómplices regaron por medio mundo para borrar las huellas de sus operaciones ilícitas, muchas de ellas vinculadas a los grandes cárteles del narcotráfico, que, durante los años de la dictadura, gozaron poco menos que de extraterritorialidad en la Amazonía peruana (Vargas Llosa, 2005:13).

En su recuento de hechos agregaba que:

Estas sumas, de por sí elevadísimas tratándose de un país pobre como lo es el Perú, son, claro está, apenas la punta del iceberg de las astronómicas sumas de dinero que el dictador y los suyos distrajeron del erario nacional. Sólo en los últimos meses las autoridades peruanas detectaron 70 nuevas cuentas en Panamá abiertas por aliados, compinches y testaferros de Fujimori por las que se movió, en los años de la dictadura, la formidable cantidad de 800 millones de dólares (Vargas Llosa, 2005: 13).

En 2009, gracias a la filtración pública de unos audios que fueron intervenidos ilegalmente, estalló un escándalo de corrupción que terminó con el procesamiento de dos subalternos de García durante su segundo mandato. Este incidente sirvió a Vargas Llosa para discurrir sobre los estrictos procedimientos judiciales que deben mediar en el uso del espionaje para combatir el crimen; de no existir una prescripción emitida por un juez, esta práctica derivaría en la constante violación de la privacidad ciudadana. Para ilustrar lo que sucede cuando la intervención de teléfonos queda en manos del gobierno sin el arbitrio de la justicia, el novelista trajo a la memoria lo que había sido una de las prácticas habituales del fujimorismo.

Les recordó a sus lectores que la “pareja criminal Fujimori-Montesinos” era experta en grabar las conversaciones privadas de sus oponentes para luego chantajearlos o en su defecto destruirlos moralmente a través de la prensa canalla. Bajo el

auspicio del segundo, el Sistema de Inteligencia Nacional fungió como una escuela del crimen de la cual se graduaron varios espías profesionales; después del año 2000 algunos de ellos ofrecieron sus servicios a compañías de seguridad privada. Estos expertos se tornarían en una peligrosa herencia del fujimontesinismo para la vida democrática que comenzó a partir de la presidencia transitoria de Valentín Paniagua (Vargas Llosa, 2009: 27).

Ante la posibilidad de que Keiko ganara las elecciones en 2011 e indultara a su padre, quien se encontraba preso por corrupción y crímenes de lesa humanidad, Vargas Llosa apuntaló a Ollanta Humala (*La República*, 22-IV-11: 4). Con respingos y condicionamientos, a pesar del discurso nacionalista de Humala, el recién nombrado marqués por Juan Carlos I enfiló sus baterías contra este clan político y advirtió que si ganaban las elecciones indultarían tanto al expresidente como a 77 de sus excolaboradores condenados por delitos penales y administrativos (*La Primera*, 26-V-11: 6). A fin de contrarrestar las campañas de miedo que Jaime Bayly dirigía desde América TV a favor del fujimorismo, el letrado se ofreció a conducir un programa en la cadena televisiva más popular del país (*La República*, 28-V-11: 6).

En abril de aquel año tuvo una de sus escasísimas participaciones en redes sociales cuando envió un cordial saludo a un grupo de Facebook llamado “No a Keiko”, con quienes se solidarizó (*La República*, 27-IV-11: 7). La determinación político-electoral de apoyar a Humala lo llevó a romper con *El Comercio*, rotativo limeño al que acusó de convertirse en un órgano propagandístico de FP y su candidata (*La República*, 3-V-11: 7). En consecuencia, dejó de colaborar en el diario de los Miró Quesada y se mudó a *La República*, en cuyas páginas siguió publicando su columna quincenal.

Mientras Alan García apoyaba a la hija del exdictador en su carrera por la presidencia, emitiendo comentarios adversos sobre Humala e insinuando lo terrible que sería modificar el modelo que tantas inversiones había traído al país, Vargas Llosa puso el acento en el incorregible temperamento autoritario y mafocrático del fujimorismo. Declaró entonces:

hay [un] temor que yo comparto: la idea de que suba Keiko Fujimori y que rescite esa dictadura de Fujimori y Montesinos, que es una de las más crueles y corruptas que han aparecido en el Perú. Creo que es un temor fundado y esa es la razón por la que muchos peruanos nos hemos movilizado para tratar de apoyar una candidatura que nos parece que en estas circunstancias [...] defiende mejor las conquistas democráticas que hemos alcanzado (*La Primera*, 16-V-11: 7).

El activismo de Vargas Llosa, aunque no determinó los resultados electorales, sí pudo haber influido para que algunos indecisos que desconfiaban de Humala por su cercanía con Chávez sufragaran por él. Los comicios de 2011 fueron el primer referendo en el que los peruanos rechazaron el regreso de una opción política que



representaba lo más desprestigiado de su historia contemporánea. Aquellas campañas se prestaron para que los ciudadanos ejercieran la memoria como un mecanismo de participación política.

Las marchas callejeras y conferencias públicas organizadas por los seguidores de Humala contaron con la participación de ciudadanos que habían sido perseguidos, reprimidos o torturados por la dictadura del *Chino*. La opinión pública —o una parte de ella— convirtió las discusiones políticas del momento en un debate histórico. Algunos diarios como *La Primera* y *La República* intercalaron notas sobre la evolución de las campañas con editoriales y reportajes en los que historiadores, periodistas y defensores de derechos humanos recordaban lo sucedido en los años noventa. Una de las voces que afinó ese ejercicio de memoria colectiva fue Vargas Llosa.

En aquel año el creador de don Rigoberto se expresó a favor del traslado de Fujimori a una prisión común en la que no gozara de “beneficios indebidos”. En un encuentro con el *El Mercurio* de Chile condenó la reclusión privilegiada del nombrado personaje, pues se hallaba “en una cárcel dorada” en la que llegó “a recibir 300 visitas al día” y donde también contaba con “un huerto para cultivar orquídeas y rosas”. Las canonjías del expresidente hacían que su reclusión fuese una broma, ya que éstas eran “absolutamente incompatibles” con los cargos que se le habían imputado y por los cuales perdió su libertad (*Milenio*, 9-VI-11: 35).

Un lustro después, el laureado escritor publicó su decimoctava novela. En ella revive la afición de la prensa chicha por extorsionar a personas de renombre, fueran o no opositores de la dupla Fujimori-Montesinos. Haciendo gala de su creatividad, el autor pasea a sus lectores por uno de los barrios marginales del centro de Lima donde habita la Retaquita, una mujer honesta que por azares del destino trabaja para Rolando Garro, un personaje que encarna el lado más oscuro del periodismo. Aunque la referida obra no es comparable con otras novelas históricas en su haber, como *La fiesta del Chivo* o *La guerra del fin del mundo*, en *Cinco esquinas* Vargas Llosa ofrece un relato corto con múltiples tramas que convergen en la denuncia de un gobierno que se valió de los medios de comunicación para distraer a la sociedad de sus asesinatos y pillajes, mientras los informadores descendían a los bajos fondos del soborno, la vulgaridad y el chantaje.

Cuando se lanzó al mercado este trabajo novelístico, que recordaba la crudeza de una dictadura cuyos herederos y bases sociales siguen siendo parte de la vida pública peruana, salieron a la luz nuevas pruebas que implicaban al fujimorismo en coimas y lavado de dinero. Estos ilícitos no databan de los años noventa sino de fechas mucho más recientes y los protagonizaban miembros de FP. Al acercarse la sucesión presidencial de 2016, el también ensayista volvió a refrendar su rechazo a un movimiento político que demostraba ser un cogollo de corruptelas que iba sumando

nuevas acusaciones a su largo tallo de delitos. A pesar de las evidencias en contra, Keiko llegó otra vez a segunda vuelta; su rival era un lobista y banquero que había tenido que renunciar a su nacionalidad norteamericana para contender por la presidencia, su nombre: Pedro Pablo Kuczynski, mejor conocido como PPK.

Dos años antes de que la justicia sentara en el banquillo de los acusados a Kuczynski por su participación en la trama de cohechos que tejió Odebrecht por toda América Latina, éste recibió el apoyo del literato. El arequipeño tenía dos motivos para pedir el voto por él: por una parte, representaba el proyecto de país por el cual llevaba tres décadas bregando y, por la otra, le cancelarían al fujimorismo la posibilidad de retornar al gobierno y secuestrar la caja de ingresos públicos.

Vargas Llosa no ocultó el entusiasmo que le provocó la victoria de PPK ya que el Perú quedaba a salvo de una mafia que “robó, torturó y asesinó con una ferocidad sin precedentes”. Tan categóricas eran sus críticas que no tuvo reparos en decir que si Keiko hubiera ganado las elecciones de aquel año el mundo habría visto “la instalación del primer narcoestado de América Latina”. Este último comentario traía a cuenta el descubrimiento de dinero que el fujimorismo presumiblemente obtuvo del narcotráfico: el encargado de finanzas de FP arrastraba una investigación de la DEA por lavado de activos. En ese mismo editorial donde celebraba el triunfo de PPK, Vargas Llosa recordó que la policía “había descubierto un alijo de unos 100 kilos de cocaína en un depósito de una empresa de Kenji, hermano de Keiko” (Vargas Llosa, 2016: 14).

Justo es decir que tiempo después expresó su decepción por PPK. A fines de 2017 se mostró desilusionado porque el exministro de Alejandro Toledo intentaba indultar a Fujimori a cambio de no ser destituido por el Congreso, después de que su nombre apareciera en el escándalo de Odebrecht. Todo estaba listo para separarlo del cargo, pero la fracción de FP liderada por Kenji lo salvó de la guillotina legislativa. En la práctica, según Vargas Llosa, es como si hubiese ganado el fujimorismo porque PPK se había comprometido con millones de electores a no indultar al dictador por “razones humanitarias” (Vargas Llosa, 2017: 27).

Sin embargo, la presión popular evitó ese desenlace y otro hecho imprevisto—como los que suelen abundar en la historia peruana— orilló a que Kuczynski presentara su renuncia y fuera procesado. El pacto con el fujimorismo se comprobó como un hecho real y un diputado de ese movimiento presentó una serie de videos en los que Kenji lo invitaba a participar en el reparto de obras públicas que él gestionaría ante PPK, siempre y cuando votara contra un segundo intento de destitución presidencial.

Hasta el primer trimestre de 2021 esta historia de enemistad acérrima entre Vargas Llosa y los Fujimori llegaba a su fin. En abril, cuando quedaron definidos los

candidatos que pasarían a la segunda ronda electoral, el hombre de letras sorprendió a propios y extraños cuando afirmó que sufragaría por Keiko. Lógicamente, pidió al pueblo peruano que siguieran su ejemplo y la apoyasen.

Contra todos los pronósticos, entre los 18 candidatos que se presentaron inicialmente, Castillo salió victorioso. Conservador en lo social, pues no se manifestó a favor del aborto ni de los matrimonios igualitarios, en lo económico su programa mostraba afinidades con los proyectos neodesarrollistas de Evo Morales y Rafael Correa. Para el sociólogo ecuatoriano Franklin Ramírez, el dirigente magisterial representaba una izquierda retro y conservadora.

Empero, al hacer un análisis de su plataforma económica, reconocía vasos comunicantes con el socialismo del siglo XXI que enarbolaron los mencionados presidentes. Ramírez estimaba que el proyecto de Castillo contemplaría un Estado plurinacional sin revertir abruptamente los cambios estructurales del neoliberalismo (Cabanillas *apud* Ramírez, 2021). Es decir, al igual que Morales y Correa, aquel podía reeditar el clásico populismo que nunca tomó formas anticapitalistas y que, en años recientes, durante el ciclo progresista latinoamericano, no se cerró a la globalización ni al comercio internacional. Sin embargo, la historia fue muy distinta y su breve gestión estuvo marcada por una constante incertidumbre.

Lo que sí dijo Castillo cuando era candidato es que iba a dar un golpe de timón al modelo que implantó Fujimori a punta de represión y que —bajo formas más democráticas— ha sido revalidado por todos los presidentes desde 2001. No obstante, el ahora exmandatario careció del tiempo para empezar a instrumentar una nueva política económica; en cambio, sí tuvo que hacer varias modificaciones a su gabinete por las presiones del poder financiero y la oposición en el parlamento. Aun si hubiera tenido mayoría en el Congreso es posible que no pudiera modificar sustancialmente el rumbo de la economía. Entre un porcentaje de la población que le guardaba total desconfianza y una pasarela de ministros que carecían de experiencia y trayectoria en la administración pública (*Milenio*, 24-XII-22: 7), las posibilidades para sentar las bases de un nuevo esquema de desarrollo eran inviables. Amén de no haber obtenido un consenso mayoritario entre la ciudadanía, es posible que sus políticas resultasen un fracaso dada la carencia de cuadros técnicos competentes.

Una de las promesas más discutidas durante las campañas presidenciales de 2021 fue la de una mayor regulación a los emporios mineros que devastan montes, tierras y cuerpos de agua. Al respecto, entre las propuestas que más resquemor provocó a los inversionistas foráneos es la renegociación de los contratos de explotación, pues las transnacionales se llevan el 70 por ciento de las ganancias y el Estado se queda con el 30 por ciento restante; el docente cajamarquino advirtió que buscaría cambiar la ecuación y que el Estado se quedara con el 80 y las mineras con el 20. Por entonces,

mientras el fujimorismo y sus aliados incentivaban el miedo psicológico acusándolo de comunista e instaurador de una segunda Venezuela, el contenido de su programa era descalificado por la prensa financiera. De llevarse a cabo, decían, ahuyentaría las inversiones extranjeras.

En vista de lo anterior, Vargas Llosa dejó de lado veintinueve años de antifujimorismo. Cuando varios apostaban a que guardaría silencio o declararía nulo su voto, como lo hizo César Hildebrandt (2021b: 12), antifujimorista de primera hora y decano del periodismo peruano, aquel dio un giro copernicano que dejó boquiabiertos a todos por afirmar que sus compatriotas debían votar por el “mal menor”. De lo contrario, según él, el país no podría mantener a salvo su democracia y la economía sufriría la peor parte.

Para darle solidez a su nueva postura política participó en un encuentro “a favor de la libertad” en el que invitó como ponente a la hija del recluso de Barbadillo. Ésta, honrada por el apoyo del octogenario, se dijo muy agradecida pues los peruanos no sólo se enfrentaban a la pandemia sino también al comunismo. Agradecida, aceptó la invitación que le hacían para acudir a dicho evento en la capital ecuatoriana. Para su mala suerte, un juez no le permitió salir del país ya que tenía una causa abierta. Constrañida por esa orden judicial, entabló una breve conversación virtual con su nuevo promotor.

En ambos lados de la pantalla, ella desde Arequipa y él desde Madrid, se intercambiaron elogios. El marqués la conminó a defender la libertad y la candidata de FP se comprometió a defender escrupulosamente la democracia y hacer de lado todas sus diferencias. La futura derrotada prometió que mantendría la independencia de poderes y que convocaría a personas de distinto signo político a colaborar en su gobierno. Ambos coincidieron en la necesidad de evitar a toda costa la llegada del “totalitarismo” (Fundación Internacional para la Libertad, 2021). A los pocos días, Keiko participó en la firma de un acuerdo por la democracia. En representación del escritor estuvo su vástago Álvaro, quien participó en distintos foros para convencer a la audiencia del peligro que se cernía sobre el país si no ganaba el fujimorismo.

En su participación virtual durante el encuentro realizado en Quito, Vargas Llosa dijo que Keiko representaba “la libertad y el progreso y Castillo la dictadura y el atraso” (Canal N, 2021). Parecía olvidar cuando un lustro atrás dijo que votar por Fujimori significaba el suicidio. Pero, ante la aparición de un candidato que planteaba poner límites a la fiesta extractivista, lejos de la aparente modernidad que se vive en Lima, Vargas Llosa mejor cambió de opinión e hizo frente común con aquellos que hace un cuarto de siglo asesinaban opositores, envilecían la prensa y cooptaban a los sectores populares con dádivas que no mejoraban sus condiciones de vida.

Finalmente los resultados sepultaron las campañas de odio contra Castillo y éste, por una diferencia que no superaba un cuarto de millón de votos, se perfiló como presidente de Perú. El día de las elecciones, cuando los conteos no favorecían a PL sus partidarios no salieron a las calles a enrarecer el ambiente; en cambio, cuando terminó el cómputo electoral y las tendencias se revirtieron, el fujimorismo denunció la existencia de un fraude internacional cometido por la izquierda e impugnó en tribunales los resultados. En paralelo, sus militantes ocuparon temerariamente los espacios públicos. Los más enardecidos pidieron golpe de Estado y participación del ejército.

En el jaloneo postelectoral, Vargas Llosa tampoco dudó en apoyar a la candidata derrotada. En una entrevista concedida a un canal digital perdió los estribos, explícitamente dijo que los peruanos se habían equivocado votando “de una manera irresponsable” y urgió a impugnar la elección, pues Keiko le había dicho que en algunas actas encontraron irregularidades en perjuicio de ella. Él, que siempre subrayó las mentiras y trampas del fujimorismo, emitió sus dudas sobre la actuación del jurado electoral y lo conminó a revisar sus procedimientos.

Cuando el periodista le dijo que los observadores internacionales no reportaron anomalías durante las votaciones, el entrevistado lo minimizó y respondió que ellos no habían podido llegar hasta las zonas más remotas, donde Castillo seguramente tenía a sus personeros. Sin dudarle, daba por buenas las versiones del fraude y expresaba su desconcierto. También aprovechó la ocasión para justificar otra vez su apoyo a Fujimori porque era necesario evitar una “catástrofe inconmensurable”.

Con los argumentos de siempre, comparó al virtual presidente con Chávez y recordó a la audiencia que el venezolano había instaurado una dictadura que destruyó las instituciones democráticas. En la nación caribeña, cuando el comandante era candidato, “de acuerdo a la mejor tradición marxista-leninista”, se engañó a la población para luego “acabar con la libertad de prensa, lo mismo podía suceder en su país (Perú Digital Noticias, 2021).

Lo único que faltaba en su trayectoria como opinólogo era otorgarle un voto de confianza a un elenco político que presume los peores antecedentes. Si hace treinta y tres años Fujimori padre prometió “honradez, tecnología y trabajo” —además de no implementar el *shock* económico—, nada les aseguraba a los peruanos que su hija iba a respetar la independencia del poder judicial, siendo que ella arrastraba una investigación que temporalmente la llevó a prisión por delitos patrimoniales.

Involucrados en la organización de cócteles y rifas falsas que escondían lavado de dinero, para Keiko y sus colaboradores más cercanos ganar las elecciones era de vital importancia ya que, teniendo mayoría en el Congreso, habrían intentado recurrir a triquiñuelas legaloides para neutralizar el proceso penal que hasta la fecha no los ha

eximido de pisar la cárcel. Tampoco hubieran desestimado la posibilidad de indultar a su mentor y líder natural. Si su sello distintivo es la corrupción y el abuso de poder, de haber retornado a la presidencia no hubiera sido extraño que reprodujeran los mismos vicios.

## CONSIDERACIONES FINALES

¿Qué lecciones deja el *harakiri* de Vargas Llosa? En primer lugar que su talento literario no es equivalente a su capacidad para problematizar la realidad. Probablemente él asume que, con los años que lleva siendo novelista, su merecida fama literaria le ha conferido por ósmosis las habilidades analíticas y los conocimientos técnicos del sociólogo, el politólogo o el historiador. Si bien no está peleada la creación literaria con las ciencias sociales —dada la existencia de algunos poetas y narradores que incursionan en ellas con cierto éxito—, el Nobel no domina las nociones básicas de estas disciplinas con el mismo talento que lo convirtió en un clásico de la literatura contemporánea.

Su admiración por Karl Popper al parecer no lo habilitó para aprender de él un criterio que lo obligase a problematizar la realidad antes de sacar conclusiones a la ligera. La complejidad filosófica y epistemológica de la obra popperiana “mueven a Vargas Llosa a dejar de lado los lineamientos metodológicos que dicho autor aporta y quedarse sólo con los ideológicos”. Este vicio tan arraigado en el escritor peruano-español lo convierte “en un lego en materia científica por más que su consolidado estilo y la agilidad adquirida en el periodismo le permitan abordar casi cualquier temática” (2002b: 227).

La falta de rigor en sus observaciones, los desvaríos ideológicos en los que incurre y la molestia que le provocó el triunfo de Castillo igualaron a Vargas Llosa —quien ha dedicado su vida a leer y escribir— con las bases fujimoristas que no tienen la misma educación académica ni la vasta cultura de quien fue condecorado con el máximo galardón de las letras. Sus opiniones refuerzan los imaginarios de los sectores asimilados culturalmente por el neoliberalismo.

Estas franjas sociales que votan por derecha aparentan ignorar o no conocen bien las desigualdades regionales entre los centros urbanos donde se administra el modelo extractivista y las zonas menos favorecidas a las que no llega la misma sensación de éxito económico que tanto emociona a Vargas Llosa. Las arengas políticas que escribe en la prensa y declara en los medios, además de convertirlo en ideólogo de las plutocracias globales, alimentan los prejuicios y temores de la clase media descrita por O'Donnell, Zibechi, Serrano, Adamovsky, Moulian, Rodríguez Kuri, Toche y Arrambide.

En vista del respaldo otorgado a la legataria de la dictadura cleptocrática que él mismo repudió por casi treinta años, su trabajo como comentarista político tocó fondo. Al descubrir en el fujimorismo cualidades democráticas que jamás le hubiera atribuido un mes antes de cambiar de opinión, decidió cometer un insulto a su propia inteligencia. Suena inverosímil que Vargas Llosa pudiera confiar en la palabra de alguien que ostenta una carrera política salpicada de mentiras e ilegalidades (Hildebrandt, 2021: 10-11). ¿Realmente creyó que Keiko, si hubiera sido presidente, habría respetado la independencia del poder judicial? ¿Es posible que pensara de buena fe que esta agrupación se depuraría a sí misma de personajes y prácticas corruptas sólo por haber firmado un acuerdo de promesas electorales sin mayor validez jurídica?

Aunado a esta dilapidación de su credibilidad intelectual, el acercamiento que tuvo con el hampa de la política peruana también puso en entredicho su vocación como pensador liberal. Como en otros momentos de la historia latinoamericana, cuando las mayorías amplían sus espacios de representación política, derrotan en las urnas al grupo que ostenta el poder allende las cámaras legislativas o entran en la puja por el excedente económico, el liberalismo se despoja de sus ideales igualitaristas y va convirtiéndose en un espacio de militancia conservadora y defensa de intereses oligárquicos. En los peores casos han tocado las puertas de los cuarteles para pedir auxilio.

Afirmarlo así no es levantar un discurso de barricada sino apelar a hechos históricamente comprobables. Al hacer tabla rasa de los crímenes que persiguen al fujimorismo, Vargas Llosa salió reprobado como pensador liberal. Sintiendo un demócrata consumado que defiende la preeminencia del Estado de derecho, no tuvo inconveniente en apoyar a una candidata que representa el anverso del respeto a la ley que tanto pregona el liberalismo. ¿Hubiéramos podido imaginar a Raymond Aron apoyando a un político financiado por la Unione Corse para que no ganase un escaño alguien del Partido Comunista Francés? A decir verdad, su liberalismo resulta muy subdesarrollado.

Esta no es la primera vez que el galardonado autor demuestra su apoyo a políticos de dudosa reputación: ya lo hizo con Uribe pero también cuando justificó a los golpistas que derrocaron a Manuel Zelaya en Honduras. Sin aplaudirles abiertamente a estos últimos, don Mario imputó al depuesto expresidente su propia desgracia por los acercamientos que tuvo con Caracas; no siendo experto en temas del istmo centroamericano, en su argumentación —rica en adjetivos pero escasa de los criterios que requiere un buen análisis político—, ese *coup d'État* fue producto de inconvenientes relaciones diplomáticas y la ambición personal del exmandatario por intentar reelegirse, librando de toda culpa a la oligarquía que instigó aquel episodio violento (Vargas Llosa, 2009b: 37).

La lección es clara: cuando los canales tradicionales de participación —el voto y las instituciones representativas— amenazan con marcar límites a la concentración económica y proponen expandir las oportunidades de desarrollo, los liberales de salón endurecen su ideal de gobierno democrático, apelan a formas inspiradas por Hobbes o, ya quitados de la pena, expresan el anhelo de una democracia censitaria que anteponga los derechos de propiedad antes que la voluntad de la mayoría. En el caso de Vargas Llosa, sus animadversiones lo llevaron a cuestionar sin titubeos el papel de los órganos electorales y no conforme con ello decidió seguir apoyando a un segmento de la elite dirigente que tiene afiliados a personajes investigados judicialmente por nexos con el narcotráfico y redes de delincuencia financiera (Bermúdez-Tapia y Sierra-Zamora, 2021: 281-284).

La participación del literato en defensa de sus consabidas preferencias políticas son botón de muestra para indagar más sobre las aspiraciones e imaginarios que permean en determinadas fracciones de la clase media peruana que, al igual que él, defienden los postulados del neoliberalismo o se atreven conscientemente a olvidar y minimizar la trayectoria criminal del fujimorismo, con tal de que no gane una opción que encarne sus mayores miedos sociales.

## FUENTES

### Libros y artículos

- ADAMOVSKY, E. (2009); *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires: Planeta.
- ARRAMBIDE CRUZ, V. (2020); “Conceptos e ideas sobre las clases medias peruanas”, en *Nueva Sociedad*, núm. 285 (enero-febrero).
- BERMÚDEZ-TAPIA, M. Y P.A. SIERRA-ZAMORA (2021); “La incidencia del narcotráfico en las altas esferas del gobierno peruano”, en *Novum Jus*, vol. 15/núm. 2 (julio-diciembre).
- CABANILLAS, C. (2021); “La influencia de Evo Morales y Rafael Correa en el ideario de Pedro Castillo ¿Socialismo del siglo XXI o desarrollismo del siglo XX?”, en *Caretas* (13 de mayo), <https://caretas.pe/>.
- ESCÁRZAGA NICTÉ, F. (2002b); “La utopía liberal de Vargas Llosa”, en *Política y Cultura*, núm. 17 (primavera).
- FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, J.F. (1999); *El Thatcherismo. Historia y análisis de una época*, Almería: Universidad de Almería.
- FERNÁNDEZ VEGA, J. (2011); “Qué dejó la ideología del egoísmo social”, en *Ñ*, supl. cultural de *Clarín*, núm. 295 (23 de abril).
- HILDEBRANDT, C. (2021); “Consejos del novelista”, en *Hildebrandt en sus trece*, núm. 536 (23 de abril).
- \_\_\_\_\_ (2021b); “Votar por nadie”, en *Hildebrandt en sus trece*, núm. 537 (30 de abril).



- INSTITUTO PERUANO DE ECONOMÍA (2017); “Historia de dos crisis”, en *El Comercio* (14 de agosto).
- MADUEÑO PAULETTE, R. (2004); *Perú: la fragilidad institucional del Estado, 1930-2002*, México: UAM-A.
- MOULIAN, T. (2002); *Chile actual. Anatomía de un mito*, 3ª ed., Santiago de Chile: LOM ediciones.
- O’DONNELL, G. (1999); “Pobreza y desigualdad en América Latina: algunas reflexiones políticas”, en Víctor E. Tokman y Guillermo O’Donnell (comps.), *Pobreza y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires: Paidós.
- PRZERWORSKI, A. (1995); *Democracia y mercado*, Cambridge: Cambridge University Press.
- RODRÍGUEZ KURI, A. (2010); “La mirada de Durkheim”, en *Nexos*, núm. 395 (noviembre).
- SERRANO MANCILLA, A. (2016); “El misterio de la clase media en América Latina”, en *La Jornada* (30 de abril).
- TOCHE, E. (2009); “Apuntes sobre las clases medias”, en *Perú Hoy*, núm. 15 (julio).
- VARGAS LLOSA, M. (2004); “Contra la amnesia”, en *Reforma* (11 de enero).
- \_\_\_\_\_ (2005); “Fujimori entre rejas”, en *El País* (20 de noviembre).
- \_\_\_\_\_ (2006); *El pez en el agua*, México: Alfaguara.
- \_\_\_\_\_ (2009); “Secuelas de dictadura”, en *El País* (8 de febrero).
- \_\_\_\_\_ (2009b); “El golpe de las burlas”, en *El País* (12 de julio).
- \_\_\_\_\_ (2016); “El Perú a salvo”, en *Reforma* (12 de junio).
- \_\_\_\_\_ (2017); “La traición de Kuczynski”, en *El País* (31 de diciembre).
- ZIBECHI, R. (2016); “Las bases sociales de las nuevas derechas”, en *La Jornada* (19 de febrero).

## Hemerografía

*La Primera* (Lima).

*La República* (Lima).

*Milenio* (Ciudad de México).

## Material audiovisual

CANAL, N. (2021); “Vargas Llosa: ‘Keiko Fujimori representa libertad y progreso, Castillo la dictadura y atraso’”, en Canal N (31 de mayo), <<https://canaln.pe/actualidad/vargas-llosa-keiko-fujimori-representa-libertad-y-progreso-castillo-dictadura-y-atraso-n435613>>.

FUNDACIÓN INTERNACIONAL PARA LA LIBERTAD (2021); “Diálogo entre Keiko Fujimori y Mario Vargas Llosa”, en YouTube (23 de mayo), <[https://www.youtube.com/watch?v=hyI\\_S2u-VyZ8](https://www.youtube.com/watch?v=hyI_S2u-VyZ8)>.

PERÚ DIGITAL NOTICIAS (2021); “Mario Vargas Llosa rompe su silencio sobre la llamada de Sagasti/Keiko/Castillo/JNE”, en YouTube (13 de junio), <<https://www.youtube.com/watch?v=gzAudlR1DnU>>.